

## EL MUNDO DEL LIBRO

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

Héctor Rojas Herazo.

Respirando el Verano—Novela.—Ediciones Tercer Mundo. Bogotá, Colombia.

¿Se puede respirar en la lectura de esta novela de Héctor Rojas Herazo? Nosotros creemos que no. Su autor, un espléndido prosista, como lo anotamos alguna vez en este *Boletín*, conoce con rara y profunda maestría el difícil arte de manejar las palabras. Sabe imprimirles la huella de su poderoso talento, la exquisitez de una estética que desemboca, con sonoras trompetas, en el mundo fascinante del barroco. Rojas Herazo no sacrifica su material exhuberante, a la parvedad de materia, a la economía del lenguaje que son condiciones esenciales para que perdure una obra de arte. Pudiéramos decir que físicamente lo anonada el torrente encrespado de sus imágenes, el furor sagrado de la palabra convertida en instrumento ornamental. Adjetivación precisa, amor por la bella forma, aquella lujuria verbal de que nos pedían cuidarnos los místicos. Y sabe manejar esa técnica con gracia, con lucidez y con riqueza. Una riqueza que acaba por anonadarlo. Porque el autor de *Respirando el Verano*, es un poeta extraviado en el difícil y árido laberinto de la novela.

Pues está demostrado que la novelística americana en su gran mayoría, —existen casos excepcionales y ascéticos—, permanece inmersa en el paisaje. Es tan grande el telón de boca del trópico, su vegetación ofidiana y monstruosa, sus pasiones al rojo vivo, que el escritor se convierte en un verdadero instrumentador de tanta grandeza. Aún no ha logrado aquel punto de madurez que pedía Stendhal, para pasear su espejo por los caminos del mundo. Como somos los legítimos herederos del romanticismo lamartiniano y victorhuguesco, escarbamos en el paisaje y, de cada novela, hacemos un capítulo extraviado de la poesía. Rojas Herazo no podía librarse de este hechizo que es también un maleficio. Se siente tentado de pintar grandes murales cromáticos, encendidos de sol, de luz ardiente, de sentimientos que afloran como hongos, por lo cual su novela pierde en densidad lo que gana en brillo. La superficie no permite ver la hondura.

Esto no quiere decir que este su relato, que parece tener mucho de gesta, porque nuestra vida por ínfima que sea, cuando la vivimos a fondo se convierte en romance, carezca de elementos anímicos de primer orden. Ahí tenemos esas vidas encadenadas, condenadas irrevocablemente a la

caducidad y a la ceniza. El planteamiento hecho por el autor es inobjetable. Pero su técnica novelística no es aceptable. Su libro parece más bien un largo canto, una elegía por lo que fue y ha de desaparecer entre la furia de los nuevos tiempos. Pero los personajes, esos de carne y hueso que pretende presentar, se desdibujan entre la bruma de las altas y sonoras palabras. Francamente no les permite respirar su propia vida, con sus intransferibles pulmones y sus humores. El libro aparece, pues, escrito monocordemente, porque el autor, enamorado de la palabra escrita, no permite que sus muñecos asomen su verdadera faz en el relato.

Si algo admiramos en las novelas de don Tomás Carrasquilla, es precisamente que tienen una verdadera calidad de tales. Los personajes, el arriero, la moza de la venta, el minero, el alguacil, surgen y borbotan su propio lenguaje que, de paso, enriqueció prodigiosamente el idioma que hablamos. El autor no se entromete entre sus criaturas sino que las distancia de sí mismo y las deja vivir con autonomía, que es lo importante para fijar los caracteres de una novela. Lo mismo que hace Pérez Galdós y Baroja con los suyos. Tenemos, en consecuencia que *Respirando el Verano*, es un libro esencialmente poético, ya que su autor no parece distinguir entre los dos géneros, no por falta de conocimientos en la materia, sino porque se deja llevar del lirismo, de la coruscante belleza, de la materia plástica de la cual hace alarde. Leamos en cualquier parte de la novela:

“Simón la agarró vivamente por la muñeca y, en forma atropellada y furiosa, le habló de comer y beber en ella como en un alimento largamente apetecido. Ella no lo oía. Oía a su padre. Oía el rumor en la frente de su padre y miraba, a través de los ojos de Simón, los ojos graves y pensativos de un cráneo anguloso en una solitaria travesía matinal a bordo de una hamaca. Simón se lo dijo aquella mañana y ella no lo olvidó nunca. Le dijo algo monstruoso que la asustó de sí misma mientras él —con palabras dolorosas que habían perdido toda intimidad como la sangre de una vena cortada— concluía con una amenaza, con algo que rebasaría sus vidas y que no necesitaría de sus cuerpos para realizarse. Julia escuchaba su respiración y veía su cabeza ardiente, sus mejillas congestionadas, emergiendo de la verdura del patio. El le dijo algo sobre una desnudez total, sobre desaparecer y volver por ella; Julia veía su alucinación, la locura que nadaba en el fondo de sus pupilas como una larva”.

Así todo el libro. Una exaltación lírica en un lenguaje hermoso, casi de magia. Pero que no es el apropiado para desarrollar una novela con todas sus incidencias.

Si Rojas Herazo aspira a continuar escribiendo este género literario tiene que realizar una paciente labor de poda y permitir que las gentes que entran a su teatro de vanidades y esperanzas, tengan la autenticidad que de ellas esperamos. Una labor humilde y penitente que bien puede lograrla el magnífico prosista que nos ocupa.

---

Olga Elena Mattei.

Sílabas de Arena.—Poemas.—Ediciones *La Tertulia*.

Es preciso reconocer y saludar en esta escritora un abierto cielo de poesía. Pero no aquella triturada por ajenas influencias, sino un mensaje propio, alto en sus torres desveladas, profundamente humano. Esta poemá-

tica de Olga Elena Mattei tiene una profunda y rica fuerza lírica. Y la lectura de los poemas nos deja la sensación de un ciego ímpetu lírico de la mejor estirpe. Es cierto que en muchos de sus versos existe abundancia de sombras y de palabras. Tendrá en el futuro que podar su huerto y someterlo a cilicio. Tarea exigente pero que no será difícil a quien como esta poetisa, ha golpeado con la eterna vara de nardo a la puerta de los enigmas, viejos de siglos. Algunos de estos poemas logran una diafanidad maravillosa y vierten su contenido por los mil poros del dolor humano. Y sin que asome en ellos nada postizo, remedo o calco de otras voces líricas, vibración de ajenas campanas. Olga Elena Mattei padece en su vida los temas que escoge antes de escribirlos y que ya han sido sentidos en todo su dolorido espanto.

Encontramos en sus versos, tan variados y de tan sugestivos matices y ondulaciones, aquellas torturas que son el legado de siglos a medida que las cosas del mundo se convierten en coronas de ceniza y llueve sobre el cielo y el alma, como quería Verlaine. Es la consecuencia lógica de asistir al drama del mundo, ya no como meros espectadores, sino como actores de la peripecia. La sangre va envejeciendo en el filo de las espadas y en torno nuestro cruje y se desploma un mundo de valores que juzgamos eternos. Cuando el genocidio decapita gargantas apenas en la luz de la infancia y el odio como un aceite negro y espeso ahoga las más altas colinas de la Patria, entonces, el poeta no puede encerrarse en hiperbóreas torres de marfil a labrar estatuillas de humo y silencio.

Necesita bajar a la muchedumbre, sentir su vaho caliente, alinderar sus tragedias y defender su sitio en el mundo. No hacerlo constituye una deserción y un salvazo. Por eso Olga nos habla de las tragedias cotidianas, del suplicio de las manos que imprecán, del horror de la nada y de la desolación. Y aunque abunde en palabras en algunos versos, debajo de esa piel barroca, está la simple humanidad, la cristalina pureza de su voz creadora. Poemas como Palabras para un Niño Sordo-mudo, son de una belleza simbólica, de una frescura de agua viva. Porque toda su poesía está alimentada de la fe en Dios, de la creencia en los frutos del Espíritu Santo.

Sus motivos líricos están emparentados con aquella tradición noble que convoca la crónica viva de la familia humana. Se sitúa en el centro espiritual desde el cual se reparten las fuentes eternas que habitan nuestra vida cuando no se ha ahogado en el nadaísmo, en el existencialismo sartriano y en tanto laberinto de "ismos" que han decapitado la fe de la juventud contemporánea, arrojada a las llanuras de la nada y que linda con el suicidio. Olga cree en Dios, en el firme amor conyugal, en el hijo heredero de nuestra encelada tristeza. Por eso mismo su mensaje ha de perdurar, y aún más, cuando libre de ciertas sofocantes músicas de palabras, su verso se vista de ascetismo y renunciamento.

Leamos, en consecuencia, poesía, hermosa de verdad, de esta escritora colombiana:

*Eres*

*un universo  
casi completo.*

*Todo es tuyo,  
porque eres dueño del silencio.*

*¡Porque en tu cuerpo mudo  
se trizan*

*los mundos ajenos!*

*Vives el infinito  
porque no te limitas  
con el ruido.*

*Vives en lo eterno.*

*La música que piensas es incienso,  
las palabras ajenas  
son solamente besos.*

*Tu llanto es agua sin esfuerzo  
en la garganta.*

*Para tus manos mágicas  
se convirtió el sonido en vibraciones  
secretas*

*como tus oraciones  
más sagradas.*

*Tú puedes escuchar todo el concierto  
de los planetas,  
y el sonido armonioso  
de todas las estrellas.*

*No te llares dolor,*

*y no estés triste*

*porque toda canción*

*y toda voz de hombre es tan amarga*

*que serás más feliz sin escucharla*

*y quizás Dios te hable*

*directamente al alma*

*porque tienes la gracia*

*del silencio*

*en tus entrañas.*

PALABRAS EN LAS MANOS

*Cómo esperaba en mi jardín tu estatua  
segura de sentirte venir a mi ventana.  
Qué amplia era la puerta para acoger tu entrada,  
y para saludarnos, qué sencillas palabras  
qué sencillas palabras dejábamos caer en nuestras manos.*

*Cómo te busco hoy, segura de no hallarte.*

*Cómo te hablo para que no me escuches.*

*Qué dolor irremediablemente vano*

*dejan caer ahora mis lágrimas inútiles.*

*Qué soledad infinita hay en mi mano.*

Así toda esta poesía de hechizo, donde, una mujer piadosamente, ha escrito en la arena o en el agua, o en la memoria de las gentes, su amor y su dolor. Poesía verdadera con temblor de lirio solo y alto en su desvelo.

---

Lucio Pabón Núñez.

La Linterna y el Búho.—Ediciones Hispanolusoamericanas. Madrid España.

No puede decirse de esta colección de páginas —tan dispares entre sí—, que formen una verdadera unidad intelectual, ni que agreguen nuevos títulos a la labor realizada por su autor en el campo de las letras. Pues al lado de importantes y bien meditados ensayos, como aquellos en que plasma la figura del gran poeta José Eusebio Caro, escritos en limpio y polémico estilo de buena cepa castellana, encontramos notas volanderas, que en verdad no merecían el favor de asignarles un sitio en el libro. El autor en ellas presenta una serie de fugaces visiones de hombres, mujeres, sitios y resonancias, que estarían bien en un escritor de menos envergadura, de más superficial calado. Porque este escritor tiene la garra y consistencia necesarias para emplearse en tareas más hondas, de aquellas que han de perdurar en el tiempo.

Hace poco tiempo hacíamos parecido reclamo al escritor colombiano Carlos Arturo Caparros. Porque es preciso luchar contra el medio, indiferente y muchas veces hostil, para crear la obra perdurable, que ha de retener la memoria fluída de los hombres. El autor de La Linterna y el Búho, en su larga estada en tierras de Portugal y España, tuvo tiempo suficiente para habernos traído mejores frutos de su inteligencia. Pero no lo hizo. Y es preciso no olvidar que el tiempo pasa, y, cuando queremos acordarnos de la obra que apenas esbozamos en ensayos y resonancias ligeras, ya no es hora de regresar a esas dulces enseñadas de la investigación paciente y del hallazgo feliz.

No queremos desdeñar la calidad literaria de La Linterna y El Búho. No es nuestra intención aporrear los frutos de la inteligencia, más en un país como el nuestro, donde la cultura por muchas razones se encuentra en embrión. Lo que queremos dejar bien sentado es que Pabón Núñez podría habernos dado algo más. Recuérdese que algunos de estos ensayos fueron escritos por su autor hace diez años y, las últimas notas son del año próximo pasado. Y pensemos lo que pudiera haber escrito en este lapso un escritor tan bien dotado para estas faenas. La ausencia de la Patria y de la comarca familiar, el encontrarse el intelectual con su propia desolación, el clima espiritual de dos naciones que tanto dicen al espíritu colombiano, le hubiesen dado oportunidad a cualquier escritor para una hermosa tarea de largo vuelo.

Recordemos ahora que, de su viaje por España, surgieron tres libros famosos de tres escritores franceses, Teófilo Gautier, Próspero Mérimé y Mauricio Barrés. De su permanencia en Italia, Eugenio Montes desgajó los dorados frutos de Melodía Italiana, Ernesto Jiménez Caballero, nos

dejó Roma Eterna y Germán Arciniegas, Eduardo Caballero Calderón nos han dejado libros de rica movilidad y gran estilo y han confrontado paisajes y pueblos que nos vienen en los brazos de su prosa.

Y por tanto teníamos derecho a esperar lo mismo de Pabón Núñez. Y la prueba de su talento de escritor la encontramos bien marcada en dos ensayos espléndidos: La Poesía a través del Amor, la Nostalgia, el Pecado y la Muerte y en "Carlos Eduardo Mesa, poeta de la Nostalgia y de la Soledad. Si así hubiese sido todo el texto de la obra, es seguro que La Linterna y el Buho sería un libro fundamental en la bibliografía colombiana.

Las tesis que defiende en materia literaria el autor son incontrovertibles. No se deja embaucar con falsos oropeles literarios, ni con mentirillas heterodoxas. Es un escritor centrado en la tradición y por eso mismo sabe lo que significa la jerarquía en el mundo del espíritu. Pero como decíamos es como una estatua trunca o a medio esculpir. Y como adivinamos el pulgar enérgico del escultor lamentamos que no haya dado más de sí en esta tarea. Y creemos que ahora menos podremos esperararlo, porque el autor de este controvertido libro, ha regresado al circo de la política que ha destrozado tantas vocaciones literarias espléndidas con mengua es claro, para la cultura de Colombia en sus directrices eternas.

---

Arturo Uslar Pietri.

Letras y Hombres de Venezuela.—Ensayos.—Fondo de Cultura Económica. México.

Estos ensayos constituyen una hermosa tentativa de aproximamiento a la labor creadora de algunos de los escritores más representativos de Venezuela. Tanto a los que lograron desarrollar ampliamente su parábola vital, como a ese grupo que braceó trágicamente en un mundo cultural apenas en formación. Así la ciclópea tarea, cerrada como una esfera brillante de don Andrés Bello, o el drama humano de Juan Vicente González, un escritor que en otro medio hubiese alcanzado una dorada plenitud. Bello logró completar su órbita intelectual porque pudo desligarse de las pasiones y lugareñismos de Venezuela, apenas desgajada de los sueños de Bolívar. Lo mismo Cecilio Acosta esa figura tan atrayente, fina y sensible de un tiempo antihistórico, cuando la épica libertadora fue trocada por enconadas pasiones provincianas, en un medio gris e indiferente donde se pierde y muere todo generoso entusiasmo.

Arturo Uslar Pietri es un magnífico escritor y sabe resucitar el pasado y acercárnoslo en una prosa taraceada, esbelta, pero honda de conceptos. El magnífico autor de "Las Lanzas Coloradas", "Treinta Hombres y sus Nombres", "La Leyenda de El Dorado", "Pizarrón" y otras obras de positivo mérito, reconocidas como esenciales en la bibliografía de lo autóctono americano, no pierde aquí la trama de sus relatos entretejidos como los hilos de un gobelino. Estos retratos tienen la riqueza y la mágica atracción de cualquiera de sus novelas.

Desdeña lo puramente anecdótico para penetrar en la sustancia de sus personajes. Los que, vistos a través de una nueva luz, adquieren sus verdaderas dimensiones. Una galería animada donde lo histórico se mezcla con lo humano en una fascinante experiencia. Casi pudiéramos decir que *Letras y Hombres de Venezuela*, es un texto didáctico, limpio de escoria y de malevolencia. Su autor enfoca el paisaje y los hombres y los deja actuar, moverse en el ilímite escenario, pero sin tomar parte en su brega, sin pretender enderezarles el rumbo. Muchas veces hazañas trucas, sueños deshechos por la inmadurez cultura de su época. Y bocetos heroicos, porque eso de golpearlos contra el muro de la incomprensión, de saber que la acción no merece recompensa, pobres aves con alas rotas, resulta a la postre conmovedoramente patético.

Consecuencia natural de un medio ambiente colonial, sin evasiones posibles hacia otros horizontes. Los libertadores no pudieron prever lo que le sucedería a estos pueblos, cuando libres de la esclavitud, se lanzaran sin la debida preparación a construir una Patria con toda su arquitectura. Bolívar fue acaso quien intuyó con su genio providencial, lo que esto significaba. Por eso en su madurez abrogó por la jerarquía, el orden, la disciplina. La libertad resulta un elemento inflamable en ciertas épocas de la humanidad y en vez de ser un ordenamiento jurídico y armonioso, se convierte en libertinaje. Leamos algunos apartes de la intención que abriga este espléndido libro:

“Una condición hecha de contradictoria pugnacidad, de ansia de lo absoluto, de iluminación mágica, de sed trágica, de sentido de lo universal, en su mejor parte, que en nadie llega más alto que en Bolívar. Bolívar no solo realiza la fisonomía de lo más raigal de lo venezolano, sino que contribuye a forjarlo más aún, a su imagen y semejanza.

“Y antes de él, ya ese rostro asomaba en el claroscuro de Miranda y los hombres de su tiempo, porque había empezado a formarse desde la época de los buscadores de El Dorado, de los fundadores de villas y nombradores de lugares, y se había anunciado en las intuiciones con que el territorio incorporó sus primeras imágenes al mundo occidental. Ese sentido es el que tienen las letras venezolanas y los nombres venezolanos que recogen estas páginas. Un sentido angustioso de invención.

“A lo que más se acercan estas páginas es al esbozo de una cronología del espíritu venezolano, acompañada de una corta galería de siluetas de los hombres en quienes encarna con torturada vocación”.

Y en verdad que fueron unos torturados, unos ansiosos, como lo fueron también muchos de los escritores colombianos de aquel tiempo, forjadores de un mundo jurídico y nuncios de una Patria a imagen y semejanza de sus sueños.

Espléndido libro este que le otorga a Arturo Uslar Pietri una honda significación espiritual en las letras de América.

---

Revista Colombiana de Folclor.

Como órgano de expresión cultural del Instituto Colombiano de Antropología, viene publicándose, con una ya robusta y espléndida tradición, la revista en referencia. Es acaso uno de los órganos de difusión del pen-

samiento y de las esencias mismas de nuestra peripecia folclórica, más respetables que se publican en Suramérica. Sus directores, doctores Luis Duque Gómez y Francisco Márquez Yáñez, le han dado una eminente categoría intelectual que honra a las letras colombianas. Es una de las pocas publicaciones respetables de tan importante materia de que podemos ufanarnos, y no sin razón. Porque la Revista ha venido acreciendo un patrimonio de tradiciones que son el alma de la raza. Ya que es hora de que volvamos los ojos hacia nosotros mismos y que sepamos qué tenemos y cuáles son las fuentes y raíces como pueblo. Las costumbres de diferentes tribus, los usos y formas de pensar y de actuar de razas que pertenecen necesariamente al gran estuario de nuestra vida como pueblo, han recibido en las páginas de la Revista, el sitio de honor a que tienen pleno derecho.

Quien no conoce su Patria, su Geografía, Etnología, Antropología, música, danzas, cantares, no puede afirmar a conciencia que tiene una imagen de Colombia. Y pensar que muchas gentes deshabitadas mentalmente se hunden en otras culturas, volviendo desdeñosamente la espalda a todo lo autóctono, aquello que nos concede una filiación sociológica y es el punto de partida de nuestra posterior hazaña como naciones con rumbo, esperanza y sabor propios, intransferibles.

Por eso mismo esta espléndida Revista está prestando un positivo servicio a la Patria y a sus gentes. Nuestra filial histórica, el chamanismo delirante de algunas razas, las supersticiones, el colorido plástico de regiones y tipos humanos, el caliente y hermoso localismo literario, todo, se encuentra reunido en esta publicación, que adquiere así, por su alta calidad el sentido de una misión intelectual.

Quienes en verdad quieran conocer lo que somos, nuestro humilde peregrinaje por este mundo tropical con sus delirantes cromatismos, tiene que leer esta Revista que no vacilamos en recomendar a los lectores de estas notas.

---

**Enrique Uribe White.**

**Antología de Safo.**

Enrique Uribe White es un verdadero maestro de la cultura colombiana en lo que esta tiene de universal. Ningún tema, por remoto y diferente a nuestra sensibilidad aún aldeana, escapa a su vasto laboratorio de artista exigente y paciente. De su imprenta de "Santa Eulalia", de la cual han salido tantos frutos hermosos y recreadores, doctos y enjundiosos, acaba de tomar el rumbo del espíritu colombiano, una preciosa Antología de Safo. Preciosa por la forma como el volumen fue trabajado con un arte exigente que nos recuerda a los grandes maestros del Renacimiento; y rica de contenido interior, porque Enrique Uribe, recopila una serie de ensayos escritos en torno del enigma de la extraordinaria poetisa de Lesbos, que completa su estudio y traducción.



En verdad es un caso ejemplar el de este escritor. Nada le es desconocido. Lo mismo se interesa por las vendimias de Omar Kayamm, como por la forma de un mueble, el rigor científico de la arquitectura de los tiempos, la tradición musical, el arte de la cerámica, lo que hicieron los cretenses y los griegos, el sabor de una fruta madura, la sapiencia de una conversación acerca de los fines del alma.

Para gentes intelectuales, verdaderamente interesadas por conocer la cultura en lo que esta tiene de universal y perenne es esta Antología de Safo. Ella constituye como un viaje por tierras melodiosas, en busca de dioses y diosas que hechizaron el mundo y lo poblaron de leyendas. Es un vaso de agua fresca que redime de toda concupiscencia.

Siga Uribe White acrecentando el patrimonio de nuestra vida como pueblo que se inclina sobre las fuentes eternas de la sabiduría y la poesía, que con ello dilata los horizontes de la Patria en lo que es valadero y eterno.

---

### Guillermo Nanetti.

La Biblioteca de Educación Fundamental.—Editorial Unión Panamericana. Washington. U. S. A.

Guillermo Nanetti, quien tiene tantas acciones en los programas que tratan de orientar hacia zonas de cultura a la gran masa analfabeta de los pueblos americanos pertenecientes a las naciones llamadas sub-desarrolladas, ha escrito un espléndido ensayo que trata precisamente de estas materias tan importantes para los americanos del Sur del Río Grande. Con clarividencia y valor señala:

“Hay, en la América Latina, millones de adultos analfabetos. Hay, además, millones de personas cuya capacidad para leer es muy limitada. Se observa, asimismo, una carencia dramática de libros apropiados para las necesidades, los intereses y el nivel de lectura del pueblo.

“Esta situación frustra, en gran parte, la acción educativa del Estado. En grandes áreas, los egresados de las escuelas primarias quedan sometidos a la influencia de comunidades predominantes analfabetas y, como carecen de materiales de lectura interesantes y adecuados, se deslizan paulatinamente hacia el analfabetismo integral.

“Por las mismas razones, las campañas de alfabetización de adultos se desarrollan en imprecisas condiciones. Gran parte de los adultos que aprenden a leer olvidan lo aprendido por falta de libros sencillos que los inciten a la lectura. Por eso existe en América Latina, en proporciones abrumadoras, los analfabetos por desuso; esto es, aquellos que aprendieron a leer y olvidaron lo aprendido, por falta de uso”.

Estas conclusiones del actual Rector de *La Esap* son desoladoras, pero ciertas. Y la lectura de su manual invita seriamente a la reflexión. Debemos pensar en este drama angustioso y secular del analfabetismo. El libro para millones y millones de americanos hermanos nuestros, es algo desconocido como si estuviéramos en el principio de las edades. Por eso mismo, las soluciones radicales que presenta el autor del libro que comentamos, versado como pocos en estos problemas educativos de América, deben servir para nuestra propia meditación. La Patria sin cultura es apenas un vistoso edificio, pero sin levadura de eternidad.